RIMAS DE BROMA

SOBRE

LA LEYENDA REAL Y EL TABARICIDIO

JOHN MAC-KANNA

RIMAS DE BROMA

SOBRE

LA LEYENDA REAL Y EL TABARICIDIO

DEL

PADRE SAN MARTÍN

Individuo de las Cofradías del Santísimo
y de San Vicente de Paul; Caballero de la Orden
Pontificia de San Silvestre; Gran Cruz de la de
Isabel la Católica; Comendador con placa de
la Orden de Carlos III (por merecimientos
reservados); Comendador de la Legión
de Honor por haber cooperado á la
Expedición del Tonkín; Orador
oficial de todos los gobernantes que
prestigian á nuestra Santa Madre Iglesia;
Miembro correspondiente de las Reales
Academias Española y de la Historia;
miembro de primera clase de varias
sociedades literarias
de América y de Europa,
de la Gran China
y del Japón.



MONTEVIDEO

Imp. "El Siglo Ilustrado", de Gregorio V. Mariño
23—Calle 18 de Julio—23
1909

Estas Rimas á propósito de *La Leyenda* y *Tabaré,* fueron escritas hará cosa de veintitrés ó veinticuatro años, y nada he variado en ellas al darlas ahora á luz, como no sea la referencia ligera al pobre concepto que goza en España la obra poética del padre San Martín, no obstante los ditirambos de Valera *pour la galerie,* y los elogios que Cané pone en boca de Núñez de Arce y que han de haber, sin duda alguna, salido de los labios del ilustre autor de los « Gritos del Combate », luego que como es notorio, usaba él de una mal entendida urbanidad literaria que en público extendía á todos los escritores, buenos ó malos, del Nuevo Continente, formulando después opiniones distintas en intimidad con sus amigos.

En uno de mis recientes viajes á un país americano de habla castellana, entré en relación, que poco á poco fué estrechándose, con un caballero hijo de una de las repúblicas del mundo de Colón. Era él muy ilustrado y conocedor

del ambiente literario de Madrid por haber residido algún tiempo en esa capital, frecuentando el trato de sus más distinguidos hombres de letras; y con tal motivo me impuso con detalles de lo que yo sospechaba que pudiese ser el juicio de la gente seria y competente sobre *La Leyenda* y *Tabaré*.

El literato español que ha escrito últimamente un prólogo á las poesías de Raúl Mendilaharsu, se hace eco seguramente de la opinión dominante en su país, cuando con toda la razón del mundo, pone á Fragueiro como poeta, muy por encima del padre San Martín.

MAC-KANNA.

———

LA LEYENDA REAL Y EL TABARICIDIO

¡Atrás, Shelley, Carducci y Víctor Hugo!
¡Swinburne, atrás! Del siglo diez y nueve
Y de la libertad nobles cantores!
A un vate aquí le plugo
Evocar de los reyes los primores;
Y muy suelto de lengua,
En tres versos que por su fondo y forma,
Mezclados de asonancia y consonantes,
Le resultan tan malos
Que no pueden ser peores,
Con una audacia singular se atreve
A dar aquesta norma
De ardor republicano,
Al pueblo á quien al aplaudir rebaja:
«Levántate, valiente,
«Levántate á reinar, que de rey tienes
«El corazón y la guerrera frente.»
¡Qué escritor tan servil y cortesano!
De su bajeza, mísero cautivo,
Lo que ensalza envilece irreverente!
Con un rey comparar á un pueblo altivo

Es igualar á un león con un gusano,
O las espumas de la mar bravía
Con los infectos miasmas de un pantano.
A un rey, el corazón, ¿quién le hallaría?
¿Y la frente guerrera?
Acaso alguna vez, por ambiciones
De sofocar la libertad humana!
¡Oh! ¡si el pueblo uruguayo, intolerante
Con los innobles fariseos fuera,
Los reyes no adulara
El beatísimo autor de *La Leyenda*,
Sin que á él rauda llegara
No un aplauso, sino silba estupenda!
Pero el pueblo uruguayo es generoso,
Y como sabe que de San Silvestre
La santísima cruz ya se ha otorgado
Por el Papa al autor que se ve honrado
Con premio tan celeste y milagroso,
Al muy casto varón ha perdonado
Su símil monarquista
Despreciable y odioso,
Pero muy natural en quien un día
Que un «Código Sublime»
Era el Syllabus santo repetía.
Y ese «Sublime Código» es sabido
Que al cristiano no exime
De acatamiento á príncipes y reyes,
Que los beatos colocan
Más altos que los pueblos y sus leyes.
Fuera de averiguar cuál el modelo

De testas coronadas
Es más grato al autor de *La Leyenda.*
Su silencio del nombre es lamentable
Que vuelve á sus estrofas trasnochadas,
Callado, como Aquiles á su tienda.
El rey que oculta en misterioso velo
Debe ser, sin embargo, el que vivía
Por el heroico tiempo en que esgrimía
En Sarandí su sable Lavalleja.
Debe de ser, sin duda, aquel Fernando,
El vil azotador del pueblo ibero
Por derecho divino;
Y augusto compañero
De los de la famosa Santa Alianza,
Que con piadoso esmero
Querían que el verdugo
Y el sacerdote, en mística balanza,
Fueran el contralor del mundo entero.
Pero dejar valdría,
Tan ruin y miserable
Adulación servil, á usurpadores
De augusta popular soberanía,
Que no es muy razonable
De una sola ruindad que huele á incienso,
De un solo disparate, responsable
Hacer á quien un capital inmenso
De ellos en su obra ostenta.
«Con el ala aterida del insomnio»
De *La Leyenda* la edición primera
A todos los lectores sorprendía;

Y como no entendía
El autor ese verso,
Ni nadie supo lo que en él decía,
Por otro lo ha cambiado claro y terso;
Mas poco le duró la compostura,
Porque en seguida evoca unos «sepulcros
« Que pueblan su memoria»,
Y en esa población ve lo siguiente:
«En el sudario envueltos de la historia
« Levantarse sus muertos».
¡Vaya con el apuro!
Pero lo peor es que entre los finados,
« Uno de ellos, recuerdo pavoroso
« De un lustro triste, se levanta impuro,
« Como visión que en un insomnio brota
« Del fondo nebuloso
« A la voz de un conjuro, y su flotante
« Negra veste talar mi frente azota.»
¡Misterioso es el muerto, á no dudarlo!
Por la *veste talar* debe ser cura;
Mas no, que no es bastante
Tal dato indumentario
Para que de la *negra* vestidura
Deducirse pudiera
Que el *impuro* hamacaba el incensario.
Quede para otros tanta jerigonza
Que explicarme no puedo,
Y por lo pronto voy á do me llaman
Nuevos muertos que están en otro enredo;
Como que ya unas llamas «fosforescen

« Como esos lirios entre el musgo abiertos
« Desmayados suspiros de los muertos
« Que entre las grietas de las tumbas crecen.»
Saber aquí no es fácil si en las grietas
Son muertos ó son lirios
Los que crecen. Esta anfibología
Es donosa, como es de extraña fase
El raro suspirar de los que yertos
Nunca están para tanta sinfonía
A que no dan los esqueletos base.
Por lo demás, si suspirar pudiesen
Los que reposan en la tumba fría,
No fueran sus *suspiros desmayados*,
Por el contrario, airados
Los lanzarían, viendo que anda suelto
Aquel que los calumnia, mientras vense
Ellos aprisionados
En el sudario en que los han envuelto.
Por estas cosas sé de fuente buena,
Y es en Madrid notorio,
Que siempre Núñez de Arce repetía,
Que nuestro vate, insigne entre los vates,
Alcanzara ruidosa nombradía
Si tantos disparates
En sus extraños versos no ensartara.
Este juicio llegó hasta los oídos
Del vanidoso bardo,
Que hubo de reirse del severo juicio,
Que sólo reposaba,
Según él, en la envidia

Y en el necio bullicio
De quien representaba
La escuela de los límpidos modelos
Sin imaginación, sin entusiasmo
Y con tremendos celos
De los dotados con divina llama.
Y sobre esto decía
Que dejó á Núñez de Arce tan chiquito,
Que el hombre, que no es bobo,
Muy presto cambiaría
Por *La Leyenda* y *Tabaré* reunidos,
No sólo «Hernán el Lobo»
Sino todos sus versos más sentidos.
Pero el caso es que en las contribuciones
De los colegas que hay en *La Leyenda*,
Núñez de Arce, gentil y bondadoso
Presenta allí esta ofrenda:
« Ave tímida y muda que no deja
« Ni el rastro de sus alas en el viento.»
Bien que este último verso Núñez de Arce
A su vez lo tomara de Quevedo:
A la sátira atroz del matrimonio
Pertenece. Y á fe que absorto quedo,
Porque en verdad que es cosa del demonio
Que de esa procedencia
Infeste á *La Leyenda* inmaculada
Con su letal esencia
Tan corrompido acento
Como ese de la sátira á que aludo,
Sátira en que el más santo sacramento

Se hace objeto de burla candonguera,
Y tan procaz, como es desfachatada.
Pero aunque de Quevedo no viniera,
Ese verso magnífico se entiende;
Y por más buena voluntad que hubiera
Lo que sigue no sé quién lo comprende:
« ¿Jamás la noche engendrará un delirio?
« ¿ La bíblica visión enardecida
« Que á esa planta infeliz dé aliento y vida
« Con el riego de sangre del martirio? »
Porque ya Bécquer lo dijera otrora
Lo que viene lo entiendo:
« Es primero un albor, luego una aurora,
« Luego un nimbo de luz de la colina,
« Luego aviva y se eleva y se dilata. »
Maese Bécquer mejor así lo expresa:
« Primero es un albor trémulo y vago,
« Rayo de inquieta luz que corta el mar,
« Luego chispea y crece y se dilata
« En ardiente explosión de claridad. »
Mejor hubiera sido, hablando en plata,
Del escritor copiado
Dejar quietos los versos
Que muy poco han ganado
En cambios en que truncos y dispersos
Forma menos feliz los ha estropeado.
Mas á Bécquer, fatal siempre un destino
En *La Leyenda* sigue:
Dijo él con corrección y con buen tino:
« Cincel que el bloque muerde

« La estatua modelando,
« Y la belleza plástica
« Añade á la ideal. »
Y se encuentra de pronto con que toca
Su bloque de este modo transformado:
«Muerda el cincel el alma de la roca,
«Del arte inoculándole el aliento.»
¡Dotar de alma á la piedra!...
Un colosal absurdo,
Porque el hábil cincel que muerde el bloque
Alma le infunde y vida
Sólo después de estar la obra concluida;
Los bloques son iguales:
Materia nada más. Del arte eterno
Sólo se ven señales
Cuando el genial artista ya tranquilo
Al mármol vida diera
Como se ve patente, por ejemplo,
Con la Venus de Milo,
Alma del alma de la Grecia entera.
Mejor hubiera sido, por lo tanto,
A Bécquer no cambiar su bella estrofa;
Que á la piedra, por ser piedra, recelo
Que es algo como mofa
Dotarla de alma, cual se dota á un santo
Del poder de ganar gloria en el cielo.
Pero es incorregible
El autor, y en sus cambios peregrinos
De la labor ajena,
Se exhibe cada vez más inflexible:

« Caen de los sauces las dormidas arpas
« Por impalpable mano arrebatadas »
Dice él en malos versos,
De asonancia que aquí el arte condena
Y repudian los oídos lastimados.
Heredia dijo un día: « Las campanas
« Por invisible mano sacudidas,
« Alarma resonaron. »
Este lenguaje límpido y sonoro
Una noción muy clara
Del acto da que demostrar se anhela:
Invisible cambiar por *impalpable*
Es ardid desgraciado que revela
Una igual intención que á *sacudidas*
Sustituir el vocablo *arrebatadas*.
También esta blasfemia se permite
En estrofas más que recalentadas:
« Como de ruina y destrucción sedienta
« Embozada en su parda vestidura
« Lleva sobre sus hombros la tormenta
« La voz de Dios.» Inexplicable afrenta
A la bondad divina
Parece desde luego
Hacerle dar la voz de horrible ruina,
De destrucción y fuego.
¡Y que después se fíe uno de beatos
Que meten á su Dios en cosas malas!
El concepto es de Olmedo,
Y al trueno es que este vate se refiere
Cuando en estrofa clásica dijera:

« Al Dios anuncia que en el cielo impera.»
Tomó la idea de Horacio
Cœlo tonantem credidimus Jovem
Regnare, mejorando acaso el verso
Del lírico famoso.
Pero el autor de *La Leyenda,* rehacio
A respetar lo que tomó afanoso
De los dos escritores,
Puso la voz de Dios en la tormenta,
Lo que es un desatino,
Siendo el concepto hermoso
Del lírico latino
Un homenaje que ni al Dios cristiano
Ni al Júpiter pagano
Pudo inferir afrenta.
Horacio, y luego Olmedo, ambos dijeron:
Que en el cielo se sienta
El Dios omnipotente
Anunciado en el trueno que revienta,
Lo que es á la verdad muy diferente
De dar la voz de Dios á la tormenta
Que aniquila y destruye
Lo que encontró á su frente.
A su celeste tempestad, no obstante,
Su autor tanto cariño le ha tomado,
Que pronto el lector la halla
De nuevo en brava acción, pues la ha formado
En formidable línea de batalla
Segun así en seguida lo comenta:
« ¡ Sarandí ! ¡con tu aliento poderoso

« Sus alas formaría la tormenta
« Para azotar la espalda del coloso
« Revuelto mar, y publicar su afrenta».
Cacofónico este último versito!
Pero no es eso nada,
Nada por cierto al lado
De la imagen más que disparatada
De suponer corrido y afrentado
Por la tormenta al mar. Muy lejos de eso:
Cuando él se encrespa y ruge,
Y riza el viento las tremendas olas,
La tormenta le da fuerza y aliento,
¡Guay! de las pobres naves
Entonces á merced del rudo viento!
Y cuando, confundidos
La tormenta y el mar, un solo azote
En truenos y rugidos,
Relámpagos y rayos
Para el mísero son á quien alcanzan
De ese mar y tormenta los furores,
¿Do está el que afrenta y dónde el afrentado
Así que entrambos lanzan
En fúnebre consorcio
Sus gritos destructores?
Pero aun hay algo más; que si la idea
De Horacio es y de Olmedo,
La frase, quien la crea
Para el vate uruguayo, es un cubano.
De *La Leyenda* el zurcidor paciente
Ante Heredia se inclina reverente,

Y así es que cuando dice
Que la tormenta corre
« Embozada en su parda vestidura»,
No hace más que estropear el verso hermoso
De Heredia al exclamar: «El viento agita
Las orlas de su parda vestidura».
Lo que sigue á la misma cuenta llevo
Del propio vate insigne:
Clama él: «Yo en ti me elevo
« Al trono del Señor y oigo en las nubes
« El eco de su voz.» Y el que se digne
Rastrear la «voz de Dios en la tormenta»,
Con sólo leer á Heredia se da cuenta
De una vulgar tenaz supercbería:
Hacer con buenos versos, versos malos
Al querer con falsía
Despistar al lector. ¡Que lluevan palos!
Los merece el autor de *La Leyenda*
Cuando lleva impertérrito á su tienda
Las armas que otros forjan.
Por punto general no las afila,
Antes bien las deforma, anula y mella,
Que á un pigmeo la huella
Es difícil seguir de los gigantes,
Y no es, no, la armadura
De forzudos, intrépidos guerreros,
La que se aviene á la musculatura
De míseros pecheros.
Mas como tanto á nuestro autor seduce
Repetir las tormentas en su canto,

En desatarlas gózase y se luce!
Con los suspiros muertos,
O el suspiro que dan los que no existen,
Ocúrrele otro tanto;
Y esos suspiros por su mal persisten
Y así otra vez se notan:
« No eras tú, no, la que su aliento enfermo
« Daba á los lirios que en las tumbas brotan
« Al calor del suspiro de la muerte.»
Más que una imitación, es *La Leyenda*
Perífrasis de Olmedo
En su parte final; allí está el «Canto
A Junín» transformado, y fuera inútil
Cotejar verso á verso ese remedo,
De una vulgar supercheria prenda.
Este punto lo dejo y otros muchos;
Y á *Tabaré* se pague ya la ofrenda
Què ese charrúa original exige;
Mas antes decir cabe
Que el autor, para todo el que se fije,
Es en este poema, más creyente
Que en la virgen santísima, en sí mismo;
Y verá quien lo alabe ó no lo alabe,
Que se despeña en el profundo abismo
De adefesios sin fin de que no hay cuenta.
La originalidad deseando ansioso,
Persigue sin medida
Extrañas novedades
Que rebusca afanoso.
Y desdeñando siempre el buen sentido,

Lo que es torpe, vulgar ó incoherente,
Lo emplea confundido.
Y luego, de su musa extravagante
Quiere sacar partido,
Agregando á un concepto descosido,
Grotesco y delirante,
Metáforas sin pies y sin cabeza;
Y para el verso tal es su pobreza,
Y tal es su temor al consonante
Que manejar no puede,
Que páginas trescientas de asonante
Monótono y constante
Es la delicia que al lector concede.
Mas nunca impide tal monotonía
Que un verso atroz como el siguiente, quede:
«Que la ocupada lanza comenzara».
¿Es esto verso? ¡No, por vida mía!
Aunque no hay duda que es cacofonía
Que en el autor no es por desdicha rara,
Como no es raro el ripio y desatino;
Y vaya ejemplo al caso,
Ya que está en mi camino,
El de un indio funámbulo con brazo
De esta férrea pujanza:
« Pasado por el fierro de una lanza
« Trepó por ésta hasta morir. » No hay duda
Que es un volatinero de primera
El que trepa tan singular cucaña
De esa heroica manera,
En condición tan especial y extraña.

Es en el *Tabaré* la prima estrofa
Armónica bastante;
En la segunda, por desgracia, empieza
Ya Cristo á padecer. Quiere una lira
El poeta, mas quiere « la de hierro,
« La más pesada y negra,
« Esa, la de apoyarse en las rodillas
« Y sostenerse con la mano trémula
« Mientras lo azota el viento temeroso
« Que silba en las tormentas. »
Como si fueran cosas muy sencillas
De encontrar y obtener estas que pide
Para su lira ruda,
Se descuelga con que ha de ser sin duda
« La de cantar sentado entre las ruinas
« Como el ave agorera,
« La que arrojada al fondo del abismo,
« Del fondo del abismo nos contesta. »
¿Dónde podrá encontrarse un instrumento
De cuerdas en tan raras condiciones?
La que Orfeo pulsó y la pobre Safo,
Eran tenues, sutiles, y sus sones
Del más tierno, amoroso y dulce acento!
Y son á fe como esas
Todas las que después se han fabricado;
Pero *pesadas*, *negras*, y *de hierro*,
¿Dónde hallarse podrían?
Ni en feria de anticuario ni mercado.
Después, en *las rodillas apoyada*
Con mano trémula, que la pulsase

En una posición tan desairada
No es fácil que un artista se encontrase
Como no fuese «el viento temeroso
Que silba en las tormentas»;
Mas siendo *temeroso*, cosa rara
En vientos de tormenta silbadores,
Es de seguro que asustado huyera,
Cuando una lira viera
Tan buena sólo para dar sudores;
Y quizás angustiado convirtiera
El *temeroso viento* el paroxismo
En miedo, si supiese que la lira
Que ha de pulsar es lira respondona
Y que tremenda de ira
«Contesta desde el fondo del abismo.»
Para evitar el grave inconveniente
De aversión á una lira que liviana
Ni el autor busca ni encontrarla quiere,
Una ruda y bien sólida macana
Feliz sustitución acaso fuere.
La índole salvaje del poema
Es más para macana, flecha y bolas
Que para el tierno tema
De evocar esas liras que acompañen
El murmurar creciente de las olas
Y en dulce són las bañen
Cuando besan las playas que hallan solas.
Mas con *lira pesada ó lira negra*,
O bien con modestísima macana,
Y sin hacer cuestión del instrumento,

De abrir una protesta soberana
Llegado es el momento.
Sobran elogios á la raza extinta:
Los charrúas resultan muy gentiles,
Dignos de la epopeya
¡Ya lo creo! pues son *tipo soñado*
Y no gente plebeya.
Así se ha acumulado
Un mundo de locuras
Que llegan á su colmo en esta estrofa:
«Cuando veo tu imagen impalpable
« Encarnar nuestra América
« Y fundirse en la estrofa transparente,
« Darle su vida y palpitar en ella.»
Todo esto es detestable!
¡Pobre América si sobre su frente
Reflejase su sombra miserable
Del bárbaro el aduar, y con su huella
Afrentara el camino del progreso!
¡Pobre Patria uruguaya
Con el *tipo soñado* de que queda,
Por suerte, sólo tradición sombría!
Si fuese exagerado
Decir que en el almuerzo del charrúa
Vióse á Solís una mañana asado;
Si esto es mentira, á fe que no atenúa
Otras buenas costumbres que tenían:
Así, se mutilaban
Cuando algunos morían
De los parientes que ellos más amaban;

Por eso es que sin dedos
La mayor parte de ellos se encontraban;
Era, en cambio, difícil que se hallase
Entre damas charrúas moda nueva,
Ni ninguna que no se contentase
Usando el traje de Eva.
Poético es todo esto, duda alguna
No cabe; y por perfumes,
Con exquisito esmero
El cuerpo se impregnaban
Con un aceite de tan buen agüero
Que al olerlo las fieras se espantaban
Y el aire respirable
Buscando, por el campo se lanzaban.
Con razón, pues, al indio en su entusiasmo
Canta el vate y dedica á su memoria
Esta estrofa sentida:
« Cuando creo infundirte con mi vida
« El ser de la epopeya
« Y legarte á mi Patria y á mi gloria
« Grande como mi amor y mi impotencia.»
Por la epopeya, ¡gracias! ¡Desgraciado
El pueblo que la busca en la barbarie!
Guárdese su legado
El autor y la gloria que decreta
Con modestia plausible
A su fama inmortal de gran poeta.
Y como á su modestia no renuncia,
En estas profecías
Grata esperanza encierra:

« Yo te ofrezco ¡oh, ensueño de mis días!
« La vida de mis cantos, que en la tierra
« Vivirán más que yo». También Manzoni
Dijo esto que es bastante parecido,
O que se ve con maña traducido:
« *Scioglie all'urna un cantico*
« *Che forse non morrá.* »
Mas Manzoni... es Manzoni, y le es posible
Sin ridiculizarse decir eso;
Que además disimula con modestia
Al poner «quizá» (*forse*) en contrapeso;
Y habló de Bonaparte, que aunque un pillo,
No es ningún indio sucio, arto risible
Para que en su memoria se halle el brillo
Que á un tirano genial diera la suerte,
Tan pródiga con él, que hasta un glorioso
Cantor le deparó para su muerte.
Mas no perteneciendo á la familia
De aquellos escogidos
En que todo lo grande se concilia,
El pigmeo que antójase gigante,
Y triunfos se atribuye esclarecidos,
Podrá considerarse Homero ó Dante,
Mas puede también él dar por seguro
Que en el tiempo presente y el futuro
Se le tendrá por necio y por pedante;
Y eso aunque diga: «El Uruguay en vano
« Sale á su encuentro y ladra bajo de ella.»
Es á una nave que llegó á la costa,
El ladrar de ese río soberano.

Que así como hoy es can, puede mañana
Convertirse en langosta,
Que un disparate cabe á poca costa.
Iniciación lejana
Hallársele podrán á estos ladridos:
Andrade en *Prometeo* los empieza:
«Desata, Dios caduco,
« La turba ladradora de tus vientos»,
Él grita con crudeza.
Pero que Andrade ladre,
Que al fin es can de presa,
No autoriza también á un falderillo
Que muerde los talones.
A hacer ladrar á un río majestuoso;
Y al Uruguay tarea tan perruna,
Sin pecar de orgulloso,
No le puede causar, no, gracia alguna.
Después de estos ladridos
Que fueron á la luna,
Porque al buque feliz, mella no hicieron,
Sigue este desvarío:
«La nave avanza altiva,
« Lanza un grito del cielo que retiembla;
« Llega á la costa, y agarrando al río
« Por la erizada crin, en él se sienta.»
Personificación más que vacía!
« Grito del cielo» sin sentido alguno!
¡Cuánta palabrería,
Que tan lejos está de ser poesía!
En la costa ya al fin están los bravos,

Los desalmados, los aventureros,
A quienes da el poeta alma de esclavos
Calumniando sus ímpetus guerreros.
Cobardes aparecen
Huyendo al alarido
Y á la bola y la flecha del salvaje
En el primer encuentro que han tenido!
Este sangriento ultraje
A los conquistadores,
Jamás lo merecieron:
Implacables y crueles, codiciosos
Y fanáticos fueron,
Pero ruines jamás. Muy lejos de eso;
Nadie ha de conocerlos
En esta estrofa de sentido avieso:
« Y los guerreros blancos
« Huyen despavoridos por las breñas,
« Dejando sangre en la salvaje playa
« Y una mujer en la sangrienta arena.»
Huyen dejando una mujer de pasto
A la feroz lujuria
Y á la crueldad del indio!
¡Qué baja concepción! ¡Qué atroz injuria!
Si en triste día, el batallar nefasto
Concluido hubiera á la falange entera,
Se explicaría que sin defensores
Una mujer cayese prisionera;
Pero dejarla sola los cobardes
Que con armas de fuego disparaban
De los vanos alardes

Del indio, con sus flechas inseguras,
No es más, á la verdad, que la hidalguía,
El honor, compasión y la vergüenza
Convertir en oprobio y villanía.
Por lo demás, la pobre Magdalena
Va á saber lo que es bueno
En el cambio de escena,
Porque el cacique pecador y obsceno
Endereza con ella muy campante
« Al bosque solitario de los talas
« En que el indio formó su madriguera».
Y con haber hablado
De lirios y sepulcros y de muertos
Más de doscientas veces,
Cierra el canto primero
Dejando á la española que en sus preces
Recomiende á su nuevo compañero.
Mas no entone victoria
Aquel que crea que el segundo canto
Ha de encontrar sin lirios,
Ni sepulcros, ni muertos.
Jamás aspire á tanto
En la de Tabaré luctuosa historia;
Y como anillo al dedo, viene á cuento
Esta estrofa cien veces repetida:
« Las grietas del sepulcro
« Han engendrado un lirio amarillento;
« Tiene el perfume de la flor caída,
« La misma palidez... La flor ha muerto!»
Pero á la prisionera,

Que el vivir no agradaba
Con tanto lirio y cosa lastimera,
« Siempre llorar la vieron los charrúas,
« Y así pasaba el tiempo.
« Vedla sola en la playa.»
De mujer es llorar, cabe que llore
Y aun que pida y que implore,
Mas que á la soledad ella se vaya,
He de decir, por mucho que deplore
La suerte de la pobre Magdalena,
Que los indios no quieren las mujeres
Que sobre lacrimosas, holgazanas
Se exhiben, olvidando los quehaceres
De antemano muy bien determinados
En dulce tratamiento
Que á las costillas lleva el argumento
De sólidas macanas.
Del indio es calumniar la disciplina
Del hogar, suponer que muy gustoso,
Él conceda la gracia superfina
A una mujer sin ímpetu hacendoso,
De irse á la playa á contemplar las olas
Para exhibirles su mirar aflicto.
Parece, sin embargo,
Que llorar no era todo
En la pobre española,
Luego que Caracé pudo á su modo
Asociarse con ella
Para que hubiera un hijo,
A fin de que tan sola

No se viese sin un afecto fijo.
El autor indiscreto
Esta alianza inmoral ha revelado:
« Un niño llora. Sus vagidos se oyen
« Del bosque en el secreto. »

. . . .

« Le llaman Tabaré. Nació en el bosque,
« De Caracé el guerrero. »
Mas ya aquello de siempre
Aparece, y el niño macilento
Nace, porque con su primer lamento:
« Ha brotado en las grietas del sepulcro
« Un lirio amarillento. »
Yo no he visto jamás tan oficioso
Como este, lirio alguno:
Cargante y pegajoso
Cual nadie conoció lirio importuno.
Ya que es descolorido
Y entre sepulcros anda,
Podía dejar la tanda
De ser tan pertinaz y entremetido.
El indio niño en las pupilas tiene
« El azulado cerco
« Que entre sus hojas pálidas ostenta
« La flor del cardo en pos de un aguacero. »
¿Es esto inspiración ó es rebuscado?
Afectación de necio palabrero,
Imagen falsa en verso manoseado.
Caracé ha regresado,
Con lo cual terminó el canto primero.

Pero ¡virgen santísima! ¡en qué estado!
«¿Sentís la risa? Caracé el cacique
« Ha vuelto ebrio, muy ebrio.
« Su esclava estaba pálida, muy pálida.
« Hijo y madre ya duermen los dos sueños ».
¿Por qué no cuatro en vez de dos tan sólo?
Es el tal Caracé muy buena pieza;
Polígamo, para él son halagüeños
Infinitos placeres,
Y cual si nada fuera,
« Que tiene diez mujeres »,
Es también alcoholista de primera.
Todo esto más que ocioso
Es en el argumento;
Porque es igual que un bárbaro cacique
Se exhiba muy vicioso
O á sus intemperancias ponga un dique:
Será siempre un jumento
Indomable, que nunca de dar coces
Dejará ni un momento.
Por eso es que carece lo siguiente
De base filosófica y sentido:
« Yo os saludó al pasar. ¿Fuisteis acaso
« Mártires de una Patria,
« Monstruoso engendro á quien feroz la Gloria
« Para besarlo el corazón le arranca? »
Saludar á los míseros charrúas
Hablándoles de gloria y Patria á un tiempo
Es una forma franca
De ignorancia mostrar, que á nadie asombre

Cuando llegue á saber cómo define
A la Patria el autor y halla su huella:
« La Patria cuyo nombre
« Es canción en el arpa del poeta,
« Grito en el corazón, luz en la aurora,
« Fuego en la mente y en el cielo estrella. »
Palabras, y *palabras*, y *palabras*...
Que el bardo inglés diría:
Nada de eso es la Patria; nada de eso;
Pero muy bien cabría
En el bárbaro avieso
El nombre augusto de la Patria mía,
Si solo con un grito
O una estrella mirar del firmamento
O contemplar los astros de hito en hito
Se compendiase el patrio sentimiento.
Como son muy gritones
Los indios, y hacia arriba
Tienden á veces su feroz mirada,
Es fácil que cualquiera se aperciba
De que tuvo el charrúa alto civismo
Si le fuere aceptada
Al autor su noción del patriotismo.
Mas sea lo que fuere,
En otra parte está lo más incierto
En cuanto al sino que al charrúa cupiere:
« Son el hombre charrúa
« La sangre del desierto,
« La desgraciada estirpe que agoniza
« Sin hogar en la tierra ni en el cielo.»

Esto del cielo no es verdad del todo,
Pues que si fuese el indio bautizado,
Nadie dudar puede que su vuelo
Con el agua bendita
Tiene pronto hacia el cielo asegurado.
La carencia de hogar, por otra parte,
« En la tierra y el cielo », es circunstancia
Que se da en todo vago sin ser indio.
Lo que es realmente extraño
Es el perfil de Tabaré el mestizo:
«Esa línea es charrúa; esa otra humana»
¡Que bípedo curioso!
¡Humano por entregas!
¡Vaya un descubrimiento portentoso
El del «hombre-charrúa»!
Estas son las ideas palaciegas
De los conquistadores
Que el autor acentúa,
Pues para ellos el indio era una bestia
Tan sólo digna de odios y rencores.
Por eso en este semipaquidermo
Que el autor ha venido retratando,
Poco se explica la piedad que inspira:
« Blanca esa noche se encontró llorando
« Al acordarse del salvaje enfermo.»
Capricho de mujer, al fin! « La niña
« Lo sigue con los ojos largo tiempo.»
Doña Luz, con más calma
A los charrúas toma,
Y de ellos dice que: « no tienen alma;

« No son hijos de Adán, no son, Gonzalo;
« Esa estirpe feroz no es raza humana.»
¡Bravo por la española!
Ella no desmerece
De Cortés y Pizarro: digna hermana
De ambos nobles cristianos me parece.
En tanto Tabaré muy poco á poco
Rienda dando á amoroso sentimiento,
Ha conseguido que lo crean loco,
Pues anda de fantasma
Con un candor que pasma,
Sin comprender que en todo campamento
Ese papel es peligroso siempre,
Juguetes con soldados, y de noche,
Pueden concluir en brega á trochemoche.
« El indio loco », dicen los soldados;
Y á fe que en ello su razón tenían,
Pues que lo supusieron
Miembro de un aquelarre
Que de noche lo vieron
Al parecer llevado de un conjuro.
Y bueno es que ahora indique
Otro disfraz en « Tabaré el cacique ».
Transformación de etnólogo, bien hecha
Por el autor, del cambio muy seguro:
« Vedlo. Es el indio puro;
« Es el charrúa de la frente estrecha. »
¿Indio puro el mestizo bautizado,
Que ni siquiera cuarterón ha sido?
¿Indio puro el taimado

De Magdalena y Caracé nacido?
Debe la etnología
Tomar nota al momento
De aquesta nueva vía
Que lleva á un sin igual descubrimiento.
Y si alguno quiere comparaciones
Muy felices hallar, aquesta encierra
Ejemplo soberano:
« ¡Horadadme esa tierra!
« Sacudidme ese monte!
« Como caen los cabellos de un anciano,
« Como el cardo desgrana su plumones. »
¡Ah! ¡Sublime es todo esto!
De un gusto superfino,
Mas deben fatigarse los pulmones
Después de machacar con tanto tino
Para mezclar los montes con plumones
Y el pelo de los viejos
Con cardos y hendiduras,
Que es lo mismo que á tigres y conejos
Mezclar con los sinsontes
O á Sísifo en su brega
Eternal, atribuirle sinecuras.
Y símiles como estos
En el poema son muy abundantes,
Como que á tanto llega
El amor por las cosas discordantes
De que tiene el autor siempre repuestos.
Mas monótono fuera enumerarlos,
Porque resultaría

Que á fuerza de contarlos
Este trabajo fin nunca tendría.
En seguida una estrofa de hojalata
Sobre pétalos con tinturas rojas:
« Los ceibos se han echado
« Sobre la espalda el manto de escarlata;
« En idioma extranjero están las hojas
« Conversando entre sí y en voz muy baja».
Por centésima vez pase que salgan
A relucir los ceibos,
Pero á fe que no cuaja
Sino como adefesio y tontería
Lo del idioma extraño,
Puesto que todavía
No se conoce el año
En que los viejos ceibos comenzaron
Políglotas á hacerse
Para *á la espalda* el nacional idioma
Echar cual cosa que debió perderse.
Todo esto, extravagante y rebuscado,
Carece de verdad y sentimiento,
Como es muy mal pensado
Y de lejos se ve que es pueril cuento
Esa lascivia que el placer retarda
De su violencia atroz y de su ultraje:
« Con las negras pupilas luminosas
« En lascivia empapadas,
« Vió el rostro abigarrado del salvaje
« Que de su presa el despertar aguarda. »
Era el bárbaro como para esperas

De un despertar tranquilo y espontáneo!
¿Para quién es que cree el autor que escribe?
Por no haberse apurado lo bastante,
El indio pacientísimo recibe
El premio de su espera delicada,
Pues « su salvaje risa
« Está en sus labios para siempre helada ».
¡Qué desengaño triste!
¿Mas cuando eso ha pasado?
« Después que entre sus dedos ha estrujado
« De Yamandú el cacique la garganta. »
Es Tabaré el estrujador altivo
Que se ha atrevido á valentía tanta
Sin interés alguno.
Sólo su amor enardecido y vivo,
En momento oportuno
A este estrangulador férreo y nativo
Trajo, á impedir de Yamandú el conato
De ultrajar á una mísera española
Así que ella dormido hubiera un rato;
Pero Blanca, la niña castellana,
Era mujer de suerte,
Y si escapó de la lujuria insana
De Yamandú el cacique,
Que á su lascivia un dique
Puso al velar el sueño á la cristiana,
Hallará en Tabaré otro cenobita
Castísimo y prudente
Que ni aun siquiera besará su frente
Teniéndola á sus pies mustia y marchita.

« La virgen allí estaba. »
Y á fe que era un milagro que estuviese
En condición tan virginal y pura
En pos de haber pasado
De Yamandú á Tabaré: dos indios
Que sin duda el amor había educado,
Para zonzo al primero, y al segundo
Para digno rival del que fué ahorcado.
Debe ser Blanca la primer cautiva
Que, después del aduar haber pisado,
Pueda exhibir altiva
Su doncellez al mundo
Cuando la pobre en tanto lío ha andado!
De Yamandú salvó por dormilona.
¡Y el indio quieto no querer llamarla!
¡Qué indio tan culto, suave y reposado!
¿Mas luego quién arranca
De su atroz dormidera á la española?
« Tabaré carga en hombros el cadáver.
« Miró de nuevo á Blanca,
« Y aléjase en silencio
« Cual si temiera acaso despertarla. »
De esta mujer ¡cuán especial el sueño!
La lucha de los bárbaros,
De cargar el cadáver el empeño,
El barullo infernal de estos belenes,
Nada es capaz de perturbar el gusto
Con que á su dulce sueño se entregaba;
Feliz estrella sigue protegiendo
Su honor, que Tabaré: « tira el cadáver,

« Lo esconde entre las zarzas,
« Y sigue huyendo, huyendo,
Del sitio en que la niña se encontraba. »
¡Oh! ¡cuán humano es esto,
Y cuán propio además es de un salvaje
Que á su manera á una mujer amaba,
Abandonarla en un lugar funesto
Huyendo de su lado,
Para dejarla en el atroz peligro
De que un indio taimado
De Yamandú y de Tabaré la herencia
Quisiera recoger, que ambos galanes
Habían por su mal abandonado
Con púdica paciencia.
De todo arrepentido
Se sirve Dios en este mundo, dicen,
Y Tabaré, cual pájaro á su nido,
A donde Blanca estaba, el rumbo toma
¿Para ya nunca más abandonarla?
Y con la voz de la pasión que asoma
Frenético decía:
« ¿Quién llegará á tocarla?
« El indio entre sus brazos ahogaría
« Al negro yacaré de las barrancas. »
Este arranque pasar puede, sin duda,
Pero de lo que sigue
Hay que decirle al indio: ¡te resbalas!
« Arrancará á los fuegos de las nubes
« Sus encendidas alas,
« Y mojará con sangre de su cuerpo

« El astro de las lomas solitarias. »
Y con cosas como estas poco á poco
Se ve que de « indio loco »
Razón hubo en llamarlo, y visionario,
Y mucho más, cuando cumplir no piensa
Lo que promete á Blanca en su defensa:
« Tú quedarás como te vió en los sueños
« El indio Tabaré,
« Que va á cruzar entre las negras faldas
« Para nunca volver! »
Y sin duda, como no espera ruegos,
Insistente se muestra él en sus planes:
« Vamos con tus hermanos. A su bosque
« El indio volverá,
« A morir con su raza y con los fuegos
« De su salvaje hogar. »
Original amor, sin duda alguna,
El que sabe sentir este salvaje,
Que para demostrarlo
Se pone siempre en viaje!
Original amor es el que Blanca
A su vez al pobre indio retribuye:
« Amó al salvaje », dicen las estrofas
Siguientes, de este modo:
« Como los hombres aman,
« Como se aman dos fuegos de un sepulcro
« Al confundirse en una sola llama,
« Como de dos deseos imposibles
« Se aunan las esperanzas,
« Cual se ama desde el borde del abismo

« Al vértigo que vive en sus entrañas. »
Yo creo que asimismo
A su declaración Blanca debiera
Agregar más patrañas,
O decir que ella amó los disparates,
Como á cosas extrañas
En las casas de Orates.
« De un sepulcro los fuegos» se amarían
O cual «las tumbas» que el amor sentían.
Pero de estas lindezas trasnochadas
Que espontáneas preténdense sin duda,
Hay una muy graciosa que así empieza:
« La pesada cabeza
« Inclina el cardo seco; de su blanda
« Plumazón se desprenden las semillas
« Como enjambres de estrellas apagadas
« Que vuelan en flotantes remolinos».
Pero todas estas disertaciones
A fe no han impedido
Que en brazos del salvaje
Se haya Blanca dormido.
En posición incómoda, presumo,
Mas todo no ha de conseguirse en viaje.
« Él sigue, sigue siempre
« Con Blanca en las espaldas.»
Muy discreto el autor, nada revela
De cómo pudo acomodar las faldas.
« Las horas cierran sus hinchados párpados;
« La virgen duerme.»
Para dormir no tiene ella pereza,

Y Tabaré por eso muy tranquilo:
« Sólo siente en su oído acompasado
« La tibia intermitencia
« Del aliento de Blanca que, dormida,
« Sobre su hombro descansa la cabeza».
La dormidera sigue
En una forma tan sutil y suave,
« Que en sus brazos conserva
« A la virgen que duerme, como el ave
« Duerme en el nido que en la rama cuelga.»
Buena cama, sin duda alguna, fueran
De Tabaré los brazos,
Como al pájaro el nido, al pez el agua.
« Y Blanca no despierta,
« Duerme tranquila. Su jornada el indio
« De nuevo emprende cuidadosa y lenta.»
Al fin viene el momento
En que concluye de dormir la brega:
Es porque «el fresco viento
« De la tarde que llega
« Despierta á la española.»
Ya era tiempo de que eso sucediese...
Bendito «viento fresco»
Que después de tan grande batahola
Hizo que Blanca al fin salva se viese.
El pobre Tabaré no tuvo el sino
De su prenda adorada,
Pues que el buen don Gonzalo, con su espada
Lo despachó del golpe más ferino,
Por compensar sin duda

La abnegación que tuvo
Y su pasión por Blanca
Contemplativa, extática... aunque ruda.
El autor, que es de España amigo viejo,
Trata á los españoles
Con muy mal entrecejo;
De cobardes los puso cuando huyeron
Y á una mujer dejaron
De pasto á los charrúas,
Y ahora que don Gonzalo es asesino
De un desgraciado inerme,
Puede decirse que no indignos fueron
Los que antes dispararon,
De ese jefe que todos merecieron.
Con una elevación moral que falta
Al mísero episodio
Tan ruin y repugnante,
Pudo el autor de *Tabaré* la muerte
Sin bajeza ninguna concebirla,
Haciendo, por ejemplo, que jadeante,
Postrado de cansancio, sucumbiera
Así que en tierra el indio
A Blanca depusiera.
Del jefe al padre Esteban los insultos
También son muy cobardes y muy ruines
Y pasa de zoncera
La oposición feroz de los soldados
Por que el jefe quisiera
Verter sangre, que aquellos desalmados
Jamás hallaron que bastante fuera

Cuando la derramaron
A torrentes, de razas que ultimaron.
No de poema, de sainete mucho
Y también de pamplina
En la forma se ve de la disputa
Que revela la férrea disciplina
Que don Gonzalo impone
A sus subordinados:
« ¡Capitán!, grita el uno,
« ¡Cuidad de no tocarle, por el cielo!
« ¡No le toquéis!, clamaron los soldados;
« ¡Por vuestra vida, capitán, teneos!»
« ¡Ah turba miserable!,
« El hidalgo gritó retrocediendo:
« ¿Me amenazáis, ralea de villanos,
« Gente soez, de corazón de cieno?»
(Esto dijo Espronceda de Toreno)
Y siguen los insultos
Hasta salir Gonzalo con la suya
De asesinar al indio.
Esta escena, más bien que entre un guerrero
Y su gente, parece que antes fuera
La disputa soez de un tabernero
Que á viles parroquianos despidiera
Y un tropel de denuestos
De todos ellos juntos recibiera.
¡Qué escenas militares tan honrosas
Sabe el autor trazar! ¡Qué idea tiene
De un jefe en el comando de soldados!
Y después de que un « lirio amarillento »

Y « grietas de un sepulcro », felizmente
Por la postrera vez se traen á cuento,
Resulta que en razón de la estocada,
« Ya Tabaré á los hombres
« Ese postrer ensueño
« No contará jamás... Está callado,
« Callado para siempre, como el tiempo,
« Como su raza,
« Como el desierto,
« Como tumba que el muerto ha abandonado,
« Boca sin lengua, eternidad sin cielo! »
Todo esto es afectado,
Todo esto es rebuscado,
Aunque es original descubrimiento
Aquel de que calladas
No están las tumbas, siempre decidoras,
Menos si abandonadas
Por los muertos se ven en tristes horas.
La página postrer, *fin del poema*
Dice. ¿El poema dónde está?, pregunto.
A poco quedaría reducido
Si su grotesca charla
Luego se descontase.
Nueve décimas partes, escogido
Un catálogo son: la fauna y flora
De la América entera,
Ningún bicho hay, ni planta, flor ni fiera,
Que no tenga en él su hora
De aparecer sin ton ni son; y alguno
Mejor fuese que no hubiera venido

A mezclarse con bolas,
Tipoys y taparrabos,
Con hum y paja-brava.
Los talas, ñandubays y camalotes
Con los sauces, con tigres y carpinchos
Forman muy buenos lotes,
Y las nutrias, curupis y chircales
Se miran confundidos
Con el chajá, ñacurutú y chingolos.
Barrancos y cardales
Presentan muy dormidos,
Pero sin estar solos,
Al mamangá, jaguareté y caranchos,
Y vense en las laderas
Y cerca de los ranchos
Caicobes, ñapindás. Y las palmeras
Que del ahué se alejan
Al urucú le dejan
El derecho á mezclarse con los molles,
Quebrachos y algarrobos
Donde su sombra aprecian,
Pues no son nada bobos,
El ñandú, los biguás, y el teru-tero
Que en el poema viven
Con sin igual esmero
Siempre tan bien cuidados,
Que parece que todos estuvieran
Tiesos y embalsamados
Para el autor tenerlos muy presentes,
Como tiene á raudales

Las algas, sarandíes y matorrales,
Camoatís y macachis
Con yacarés, serpientes y chacales,
Las cigüeñas y juncos
Y otras plantas y seres
Que la Botánica y la Zoología
No destinan sino como de paso
A que en la poesía
Sólo tengan lugar propio y escaso
A no ser fabulista el que retrate
En un pobre animal á un botarate.
Pero es mucho abusar de flora y fauna,
No evocar un evento
Sin que, como un factor indispensable,
Salga un árbol ó un bicho en el momento,
Cuando nada hay que pida
Tanta cargosidad insoportable
Que al « lirio amarillento »
O « grietas del sepulcro »
Mil veces repetidos,
Tan sólo, por desgracia, es comparable.
Esta nomenclatura
De tanta sabandija
Y tanta planta acuática y terrestre
Que al lector ha cansado, por su hartura,
No es á fe lo que fija
Sin embargo del todo
El principal defecto del poema.
Su vaciedad en el conjunto existe,
En el intento absurdo

De idealizar la estólida barbarie:
De hacer drama de lo grotesco y burdo.
Y dentro de ese error insostenible
No pintar un carácter,
No diseñar jamás remotamente
Ni la sombra intangible
De una pasión humana.
Tabaré, sin igual protagonista
Con el que un drama ha pretendido hacerse
De amor y de pasión, es un imbécil
Que desmiente su sangre de mestizo
De española y charrúa:
Un raro ser que á la mujer amada
Abandonar desea
En el momento mismo
En que la salva del inmundo abismo
De ser por otro bárbaro violada,
Y en que es dable que espere
Que sea su noble acción recompensada.
En sus venas no corre sangre hirviente
De indio feroz y aliento castellano.
Este trance final no es verosímil
Ni tampoco es humano.
El platónico amor de un indio fiero
Con su romanticismo,
Es todo el argumento placentero
De un gracioso entremés, como asimismo,
Resulta muy donosa
Semejante actuación del «hombre-fiera»,
Del bárbaro de raza

Que jamás tuvo en sus crueldades tasa:
Que á Bernabé Rivera
Con saña innoble atormentó dos días
En que pedía el pobre prisionero
Por piedad que su muerte en un instante
Diese fin á tan crueles fechorías.
Tabaré, que es un tipo de sainete,
De lo que fué el charrúa no da idea,
Un solo rasgo en él no hay que interprete
Á su raza de sangre y de pelea.
Blanca es otra cuitada
Con su amor vergonzante
Que no es amor ni es nada.
Ella podrá, sin duda, muy campante
Decir « que ha bendecido
« La voluntad de Dios, tan bondadoso,
« Que se lo dió y se lo quitó muy luego. »
Tantas patrañas de un mentido fuego,
Del corazón no emanan,
Y tan sólo proclaman
La ausencia de pasión y sentimiento.
Es muy descolorida
La silueta de Blanca.
Lo que es amor no sabe el que ha trazado
Sin relieve y sin vida
Esa mujer que al corazón no arranca
Un solo acento de pasión sentida.
El padre Esteban otro
Es, que no da la idea
De lo que eran los frailes codiciosos

Que tras de la presea
Corrían afanosos
A la par de caudillos y soldados.
Y para un par de frailes abnegados
Había los que apañaban
Todo lo que encontraban.
Crueles y aventureros,
Muy pocos rechazaron los rigores
Con que de exterminar pueblos enteros
Hicieron gala los conquistadores.
A muchos la sotana mal les pega
Y les son aplicables
Estas rimas de aquel Lope de Vega
Católico Apostólico Romano:
« So color de religión
« Van á buscar plata y oro
« Del encubierto tesoro ».
Por lo demás, reconocer es justo
Que el personaje menos mal trazado,
Aunque insignificante
Y apenas accesorio,
Es el del fraile Esteban, resignado,
Bondadoso y humilde
Ante el jefe de impulso vejatorio.
Fuera de este detalle que al poema
Ninguna falta hacía,
Los otros personajes son emblema
De la impotencia del autor en su obra.
Una sola pasión no se halla en ella,
Ni del alma un arranque bien pintado,

Ni siquiera la huella
De un grito que haya el corazón lanzado.
Si la Patria define,
Tan sólo dice de ella
Necia palabrería
De que ya en otra parte me ocupara:
Vaciedad sólo es lo que exhibe el verso.
Envuelto en el sudario
De un alma siempre al patriotismo fría,
Canta el raro civismo
Que de una sacristía
Podrá ascender quizás á un campanario,
O puede ser el patrio sentimiento
De aquellos que en los días de fermento,
Cuando la planta vil del caudillaje
Lanzó á la puerta del hojar su ultraje,
En el claustro de un santo seminario
Escondieron sus hijos
Para enseñarles que á la Patria se ama
Besando crucifijos.
Si es que pinta el amor, pasa lo mismo;
No alcanza su alma esa pasión intensa
Y lo que es el valor y la hidalguía
Los convierte su musa
En pérfido egoísmo
Y cobarde ruindad y en villanía.
Todo el poema en su contexto acusa
Que al escritor el corazón le falta:
Confunde él á su modo
Por igual las pasiones,

Prefiriendo lo ruin á lo que es bueno;
Un pensamiento noble nunca esmalta
Sus pálidas creaciones.
Y su pedantería
Demuestra, á no dudarlo,
Cuando ha llamado sin igual poema
A este *imbroglio* y se atreve á presentarlo
Como una obra trazada
« Por senda que no ha sido nunca hollada.»
Sin duda él tiene la razón en esto
Y ha podido por tanto asegurarlo,
Y añadir por supuesto
Que es género indigesto
En que no ha de querer nadie imitarlo.
Mas si es lo que pretende
Figurar entre los innovadores
Que forjan primorosos argumentos,
Corrija esos errores,
Que trillada es de *Tabaré* la senda.
Pues de conquistadores
En líos con los indios se hallan cientos
De bien rimados cuentos;
Que en tal género abundan los autores.
Y sin contar la castellana musa,
En América misma
Es variada y profusa
Esa labor. Poemas brasileños
Los hay, muy conocidos.
La América española
Los suyos tiene; y queda

Del vate muy católico Arboleda
El « Gonzalo de Oyon » entre los buenos,
Con Pubenza, que vale más que Blanca,
Aunque muy poco vale
Para cristalizar una leyenda.
Es dama que Arboleda recomienda
En su obra de este modo:
« He aquí á Pubenza: en ella el alma, todo,
« Respira amor, pureza y hermosura. »
Después de leer á *Tabaré* se siente
Un vacío: la falta de una idea
O de algo trascendente
Que pura afectación hueca no sea,
Revelando indigencia
Del sentimiento, que es del verso esencia.
El lector reverente
Recorre ávido entonces
La frase escultural de Núñez de Arce
En límpidas estrofas que son bronces
Con ideas en lengua castellana,
Y en que parece renacer potente
La musa de Gallego y de Quintana.
